

Domingo III de Pascua

«Ustedes son testigos de estas cosas»

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. También *Servicio Bíblico Latinoamericano*.

Lecturas

Hch 3,13-15.17-19: Mataron al autor de la vida, pero Dios lo resucitó

Salmo 4: Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor

1Jn 2,1-5: Él es víctima de propiciación por nuestros pecados

Lc 24,35-48: El Mesías padecerá y resucitará al tercer día

Evangelio: Jesús no es un fantasma

En aquel tiempo, los discípulos contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan.

Estaban comentando lo sucedido, cuando el mismo Jesús se presentó en medio y les dijo:

«La paz esté con ustedes».

Espantados y llenos de miedo, creían ver un fantasma. Pero él les dijo:

«¿De qué se asustan? ¿Por qué surgen dudas en su interior? Vean mis manos y mis pies; soy yo en persona. Tóquenme y convéncense de que un fantasma no tiene ni carne ni huesos, como ven que yo tengo».

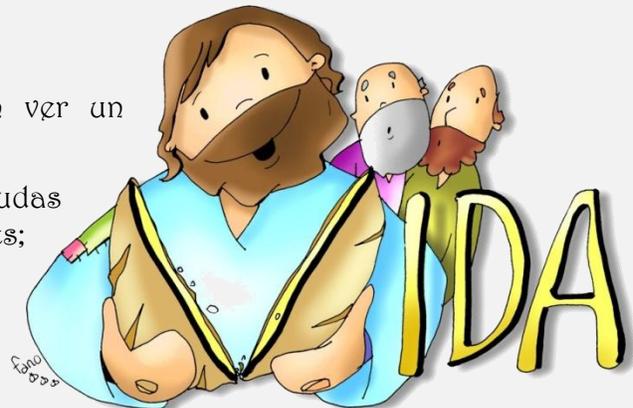
Y dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como aún se resistían a creer por la alegría y el asombro, les dijo:

«¿Tienen algo de comer?»

Ellos le dieron un trozo de pescado asado. El lo tomó y lo comió delante de ellos. Después les dijo:

«Cuando aún estaba entre ustedes les dije que era necesario que se cumpliera todo lo escrito sobre mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos».

Entonces les abrió la inteligencia para que comprendieran las Escrituras; y les dijo:



«Estaba escrito que el Mesías tenía que morir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se anunciaría a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, la conversión y el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de estas cosas».

Palabra del Señor

¿Qué imagen tenemos de Jesús?

En la lectura de los Hechos encontramos de nuevo a Pedro, que se dirige a todo Israel y lo sigue invitando a la conversión. Pedro tranquiliza a sus oyentes haciéndoles ver que todo ha sido fruto de la ignorancia, pero al mismo tiempo invita a acoger al Resucitado como al último y definitivo don otorgado por Dios. La muerte de Jesús se convierte para el creyente en sacrificio expiatorio. No hay asomo de resentimiento ni de venganza, sino invitación al arrepentimiento para recibir la plenitud del amor y de la misericordia del Padre, que se concreta en la confianza y en la seguridad de haber recuperado aquella filiación rota por la desobediencia.

La segunda lectura nos dice que el creyente, expuesto a las tentaciones, rupturas y caídas no tiene por qué sentirse condenado eternamente al fracaso o a la separación de Dios. San Juan nos da hoy en su Primera Carta el anuncio gozoso del perdón y de la reconciliación consigo mismo y con Dios. El cristiano está invitado por vocación a vivir la santidad; sin embargo, las infidelidades a esta vocación no son motivo de rechazo definitivo por parte de Dios, más bien son motivo de su amor y su misericordia, al tiempo que son un motivo esperanzador para el cristiano, para mantener una actitud de sincera conversión.

En el evangelio nos encontramos una vez más con una escena pospascual que ya nos es común: los Apóstoles reunidos comentando los sucesos de los últimos días. Recordemos que en esta reunión que nos menciona hoy san Lucas, están también los discípulos de Emaús, quienes habían regresado a Jerusalén luego de haber reconocido a Jesús en el peregrino que los ilustraba y que luego compartió con ellos el pan.

En este ambiente de reunión se presenta Jesús y, a pesar de que estaban hablando de él, se asustan y hasta llegan a sentir miedo. Los eventos de la Pasión no han podido ser asimilados suficientemente por los seguidores de Jesús. Todavía no logran

establecer la relación entre el Jesús con quien ellos convivieron y el Jesús glorioso, y no logran tampoco abrir su conciencia a la misión que les espera. Digamos entonces que "hablar de Jesús", implica algo más que el simple recuerdo del personaje histórico. De muchos personajes ilustres se habla y se seguirá hablando, incluido el mismo Jesús; sin embargo, ya desde estos primeros días postpascuales, va quedando definido que Jesús no es un tema para una tertulia intrascendente.

Me parece que este dato que nos cuenta Lucas sobre la confusión y la turbación de los discípulos no es del todo fortuito. Los discípulos creen que se trata de un fantasma; su reacción externa es tal que el mismo Jesús se asombra y corrige: "¿por qué se turban... por qué suben esos pensamientos a sus corazones?".

Aclarar la imagen de Jesús es una exigencia para el discípulo de todos los tiempos, para la misma Iglesia y para cada uno de nosotros hoy. Ciertamente en nuestro contexto actual hay tantas y tan diversas imágenes de Jesús, que no deja de estar siempre latente el riesgo de confundirlo con un fantasma. Los discípulos que nos describe hoy Lucas sólo tenían en su mente la imagen del Jesús con quien hasta un poco antes habían compartido, es verdad que tenían diversas expectativas sobre él y por eso él los tiene que seguir instruyendo; pero no tantas ni tan completamente confusas como las que la "sociedad de consumo religioso" de hoy nos está presentando cada vez con mayor intensidad. He ahí el desafío para el evangelizador de hoy: clarificar su propia imagen de Jesús a fuerza de dejarse penetrar cada vez más por su palabra; por otra parte está el compromiso de ayudar a los hermanos a aclarar esas imágenes de Jesús.

Es un hecho, entonces, que aún después de resucitado, Jesús tiene que continuar con sus discípulos su proceso pedagógico y formativo. Ahora el Maestro tiene que instruir a sus discípulos sobre el impacto o el efecto que sobre ellos también ejerce la Resurrección. El evento, pues, de la Resurrección no afecta sólo a Jesús. Poco a poco los discípulos tendrán que asumir que a ellos les toca ser testigos de esta obra del Padre, pero a partir de la transformación de su propia existencia.

Las expectativas mesiánicas de los Apóstoles reducidas sólo al ámbito nacional, militar y político, siempre con característica triunfalistas, tienen que desaparecer de la mentalidad del grupo. No será fácil para estos rudos hombres re-hacer sus esquemas mentales, "sospechar" de la validez aparentemente incuestionable de todo el legado de esperanzas e ilusiones de su pueblo. Con todo, no queda otro camino. El evento de la resurrección es antes que nada el evento de la renovación, comenzando por las convicciones personales. Este pasaje debe ser leído a la luz de la primera parte: la experiencia de los discípulos de Emaús.

Las instrucciones de Jesús basadas en la Escritura infunden confianza en el grupo; no se trata de un invento o de una interpretación caprichosa. Se trata de confirmar el cumplimiento de las promesas de Dios, pero al estilo de Dios, no al estilo de los humanos.

De alguna forma conviene insistir que el evento de la resurrección no afecta sólo al Resucitado, afecta también al discípulo en la medida en que éste se deja transformar para ponerse en el camino de la misión. Nuestras comunidades cristianas están convencidas de la resurrección, sin embargo, nuestras actitudes prácticas todavía no logran ser permeadas por ese acontecimiento. Nuestras mismas celebraciones tienen como eje y centro este misterio, pero tal vez nos falta que en ellas sea renovado y actualizado efectivamente.

Fidelidad en la duda

Las dudas son para creer

Lucas cuenta en el evangelio de hoy las apariciones de Jesús a los discípulos incrédulos que no han comprendido bien las Escrituras.

Con Emaús se recupera una dimensión muy importante de la fe: la duda. Dudar no es una falta de fe por el pecado, sino la ocasión providencial para fundamentarla. Solo una concepción espiritualista o moralista de la fe excluye la duda. Jesús legitima con sus explicaciones, comprende con sus catequesis y acepta con su paternidad las dudas de los discípulos. A Jesús nunca ninguna duda lo escandalizó. En definitiva la fe son dudas con posibilidad de éxodos que permiten crecer; eso sí, procurando mantener en la duda la fidelidad. La fidelidad es el componente ético de la fe. Uno procura ser fiel pero eso no significa creer con toda claridad. Jesús tuvo momentos cruciales de su vida bajo la incertidumbre: “*¿Dios mío, Dios mío, porque he habéis abandonado?*” pero permaneció fiel: “*Padre en tus manos encomiendo mi espíritu*”.

¿Dónde está el Resucitado?

Jesús comienza a aclarar dudas antes del envío a la misión: “*No teman soy yo. ¿Por qué se asustan? ¿Por qué surgen dudas en su interior? Miren mis manos y mis pies, soy yo en persona, tóquenme y convénzanse...*” (Evangelio). Al final, el resucitado da un signo de su humanidad “comiendo un trozo de

pescado” que le entregan los discípulos. La eucaristía es el signo por el que los discípulos se dan cuenta de que Jesús está con ellos. No es la presencia física de carne y hueso, sino la nueva experiencia que Jesús tiene como resucitado. La presencia del Señor resucitado es lo más gratificante que nos pueda suceder en Judea o Galilea, en nuestra comunidad creyente o en la familia, al amanecer o al atardecer, cuando se reza o se trabaja, en el cenáculo o en el lago, en el desayuno, al almuerzo y otras veces en la cena (Lc 24,29-30).

Encuentros para la misión

Todos los encuentros del resucitado con los apóstoles concluyen con la misión. *“Entonces abrió sus mentes para que comprendieran las escrituras y les dijo: Está escrito...”*

“La conversión”, es cambiar de mentalidad, “metanoia”, fundamentando la existencia en el resucitado; es la oferta que los apóstoles deben de llevar a todas las naciones como ámbito del evangelio y nacimiento de la comunidad cristiana: *“Ustedes son mis testigos de esto”* (evangelio). Lo que debemos transmitir no es tanto lo narrativo de los hechos cuanto la exigencia de fe en el resucitado. La experiencia propia es la garantía de lo que se transmite; pues no trata de una doctrina, sino de un testimonio para que nazca de nuevo el evangelio por la acción del Espíritu Santo, dando origen a nuevas comunidades. Es en la misión, no antes, donde y cuando Jesús va superando las dudas.

Una ayuda para admirarnos

Para los cristianos ortodoxos la resurrección de Jesús es todo; ese es su principal carisma. El lugar que entre nosotros ocupa el crucifijo para los cristianos ortodoxos lo ocupa el *pantocrátor*. Se cuenta que en la revolución bolchevique se hizo un debate público sobre la resurrección de Jesús. Un ateo creyó con su argumento demoler la fe de los cristianos rusos en la resurrección. El *pope*, sacerdote ortodoxo, miró a la gente y dijo: “Cristo ha resucitado; y todos respondieron “en verdad ha resucitado”. Luego se bajó en silencio de la tarima de la manifestación. Lo que impidió al comunismo destrozarse la fe de la gente fue la pascua.

La Pascua es un momento oportuno para leer una de las obras más notables de Tolstoi que se llama “Resurrección” y escuchar uno de los textos

más brillantes de la música rusa: La gran pascua rusa de Nikolái Rimski-Kórsakov.

La resurrección es el nuevo Exodo pascual pues las esclavitudes de ahora son más agobiantes y universales que la de Egipto; pero tienen por igual la esperanza de ver las heridas convertidas en cicatrices por el don de la paz: “*La paz esté con ustedes*” (Evangelio).

“Tú que conoces lo justo de mi causa, responde a mi clamor.

Tú que me has sacado con bien de mis angustias, apiádate y escucha mi oración.

Admirable en su bondad ha sido el Señor para conmigo, y siempre que lo invoco me escucha; por eso en él confío.

En paz, Señor, me acuesto y duermo en paz, pues sólo tú, Señor, eres mi tranquilidad”. (Sal 4).

Jesús nos asegura su presencia en la Palabra y la Eucaristía

(Benedicto XVI, Regina Caeli, 22 de abril de 2012)

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, tercer domingo de Pascua, encontramos en el Evangelio según san Lucas a Jesús resucitado que se presenta en medio de los discípulos (cf. *Lc 24, 36*), los cuales, incrédulos y aterrorizados, creían ver un espíritu (cf. *Lc 24, 37*). Romano Guardini escribe: «El Señor ha cambiado. Ya no vive como antes. Su existencia... no es comprensible. Sin embargo, es corpórea, incluye... todo lo que vivió; el destino que atravesó, su pasión y su muerte. Todo es realidad. Aunque haya cambiado, sigue siendo una realidad tangible» (*Il Signore. Meditazioni sulla persona e la vita di N.S. Gesù Cristo*, Milán 1949, p. 433).

Dado que la resurrección no borra los signos de la crucifixión, Jesús muestra sus manos y sus pies a los Apóstoles. Y para convencerlos les pide algo de comer. Así los discípulos «le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos» (*Lc 24, 42-43*). San Gregorio Magno comenta que «el pez asado al fuego no significa otra cosa que la pasión de Jesús, Mediador entre Dios y los hombres. De hecho, él se dignó esconderse en las aguas de la raza humana, aceptó ser atrapado por el lazo de

nuestra muerte y fue como colocado en el fuego por los dolores sufridos en el tiempo de la pasión» (*Hom. in Evang XXIV, 5: ccl 141, Turnhout, 1999, p. 201*).

Gracias a estos signos muy realistas, los discípulos superan la duda inicial y se abren al don de la fe; y esta fe les permite entender lo que había sido escrito sobre Cristo «en la ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos» (*Lc 24, 44*). En efecto, leemos que Jesús «les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras y les dijo: “Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados... Vosotros sois testigos”» (*Lc 24, 45-48*). El Salvador nos asegura su presencia real entre nosotros a través de la Palabra y de la Eucaristía. Por eso, como los discípulos de Emaús, que reconocieron a Jesús al partir el pan (cf. *Lc 24, 35*), así también nosotros encontramos al Señor en la celebración eucarística. Al respecto, santo Tomás de Aquino explica que «es necesario reconocer, de acuerdo con la fe católica, que Cristo todo está presente en este sacramento... porque la divinidad jamás abandonó el cuerpo que había asumido» (*S. Th. III, q. 76, a. 1*).

Queridos amigos, en el tiempo pascual la Iglesia suele administrar la primera Comunión a los niños. Por lo tanto, exhorto a los párrocos, a los padres y a los catequistas a preparar bien esta fiesta de la fe, con gran fervor, pero también con sobriedad. «Este día queda grabado en la memoria, con razón, como el primer momento en que... se percibe la importancia del encuentro personal con Jesús» (Exhort. ap. postsin. [*Sacramentum caritatis*](#), 19). Que la Madre de Dios nos ayude a escuchar con atención la Palabra del Señor y a participar dignamente en la mesa del sacrificio eucarístico, para convertirnos en testigos de la nueva humanidad.